

Cita bibliográfica: Tabuas, M. (2025). Reseña de libro: Letras torcidas. Un perfil de Mariana Callejas. *Persona Y Sociedad*, 39(1), 225-231. <https://doi.org/10.53689/pys.v39i1.477>

Reseña de libro: Letras torcidas. Un perfil de Mariana Callejas.

Mireya Tabuas ¹

Datos del Libro

Juan Cristóbal Peña

Ediciones Universidad Diego Portales,

Santiago, 2024

278 pp.

ISBN 978-956-314-601-1

Singularidad perversa

I.

Esta es, sin duda, la historia de una persona singular.

Pero no de cualquier persona singular.

Porque singularidades hay muchas: singularidades en blanco y negro y a color, singularidades del día y de la noche, singularidades de la luz y de la oscuridad.

Pero precisamente esta es la historia de una contradicción, una paradoja, un oxímoron.

El relato de una mujer que ejerció el mal con la misma liviandad con la que servía una copa de vino a sus amigos, llevaba a los niños al colegio o escribía cuentos.

Es el perfil de una mujer que fue escritora y criminal al mismo tiempo.

El libro *Letras torcidas. Un perfil de Mariana Callejas*, de Juan Cristóbal Peña, editado por la Universidad Diego Portales, viene a desentrañar las verdades de una mujer cuya asombrosa, y a ratos inverosímil, historia ha alimentado a la literatura, al cine, a la televisión. Viene a mostrarnos a la mujer tras bambalinas, al ser de carne y hueso detrás del personaje ficcional.

A la *société*, a la esposa, a la dueña de casa, a la mamá, a la literata.

Al monstruo.

¹ ORCID: [0009-0003-8863-9414](https://orcid.org/0009-0003-8863-9414). Periodista, escritora y profesora de la Universidad Alberto Hurtado. Autor correspondiente.

II.

¿Y cómo se construyó el mito de Mariana Callejas?

Han sido muchos los que, antes de Peña, han escrito sobre este personaje, en especial para narrar una etapa muy particular de su vida: cuando convivían su condición de agente de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, y su deseo ardiente de ganarse un lugar en el mundo de las letras. Así, en su casa, mientras en la planta alta convocaba talleres literarios y hacía fiestas con la crema y nata de la cultura santiaguina, en los pisos bajos se torturaba, se construían armas químicas, se planificaban asesinatos de relevantes opositores en el exilio.

De ella habló, en 1994, Pedro Lemebel en su crónica *Las orquídeas negras de Mariana Callejas (o el Centro Cultural de la Dina)*. Este escritor no la entrevistó ni participó nunca en sus fiestas, pero a través de lo que le dijeron otros, de los rumores, pincela, con su buena pluma, la leyenda: “Todo Chile sabía y callaba, algo habían contado, por ahí se había dicho, alguna copucha de cóctel, algún chisme de pintor censurado. Todo el mundo veía y prefería no mirar, no saber, no escuchar esos horrores que se filtraban por la prensa extranjera”, escribe. Pone el dedo en la yaga a la cultura cómplice, o -si no cómplice- sí al menos (y a conveniencia) sorda, ciega y muda.

Roberto Bolaño, quien se enteró, precisamente por Lemebel, de la existencia del personaje, la consideró un pretexto perfecto para la ficción y se inspiró en ella para escribir su novela *Nocturno de Chile* (publicada en el año 2000). Trata la historia de un clérigo que, entre otras cosas, asiste a tertulias literarias en casa de una tal María Canales (mismas siglas que Mariana Callejas), donde también se torturaba.

Esta escena luego la retratarán los cineastas León y Cociña en dos videos cortos pensados para verse uno al lado de otro: uno representa una cena de intelectuales; el otro, el horror de una tortura. Además, sobre estas jornadas literarias habitando el mismo lugar de la violencia escribe la dramaturga Nona Fernández su primera obra, *El taller*, estrenada en 2012.

Otras dos producciones audiovisuales también retratan a Callejas: la película *Matar a todos*, del uruguayo Esteban Schroeder, y *Mary & Mike*, una miniserie televisiva de Chilevisión, centrada en su vida familiar y sus asesinatos.

Pero, hay más: Carlos Iturra, uno de los escritores que la acompañó en sus jornadas literarias, también acude a la ficción con un largo cuento llamado *Caída en desgracia* donde da su versión de los talleres y la nombra Melania Carreras (nuevamente otro uso de las siglas, el temor a nombrar lo que es *vox populi*).

Con todos estos antecedentes, con tantas versiones que tienen coincidencias y equívocos, uno se pregunta hasta dónde Callejas es real o ficcional. El libro de Juan Cristóbal Peña viene a ser una respuesta, porque no apela a la invención, no la necesita. La realidad tiene demasiada ficción en sí misma.

Apoyado por una exhaustiva investigación, aborda a Callejas desde toda su complejidad, ahonda en su vida y busca desentrañar los claroscuros de su personalidad. Perfila al personaje en todas sus dimensiones: la familiar, la literaria, la social, la política, la criminal. ¿Puede ser una sola persona todo eso? Profundizando en su historia, Peña nos mostrará que sí.

III.

Dividido en cuatro capítulos, el perfil define claramente cuatro etapas de la vida de Callejas.

En el primer capítulo, titulado *Allen*, podemos conocer algunos aspectos de la niña pueblerina, de la adolescente rebelde y comunista que, apenas alcanza la mayoría de edad, se casa con un judío que recién conoce, pero del que apresuradamente se divorcia. “Con dieciocho años, Mariana Callejas ha vivido demasiado y a prisa”, describe Peña (p.33).

Luego, emigra y se va a un kibutz de Israel, donde conoce a otro estadounidense, justamente ese cuyo apellido se usa para nombrar el capítulo. Su vida luego será en Norteamérica; varios años y tres hijos después, se separa y vuelve a Chile. Pero ya en Estados Unidos le ha ganado una pasión que nunca más se alejará de ella: la escritura.

El capítulo dos, llamado *Mike*, habla de ese comienzo en su país natal y ese nuevo amor, por otro estadounidense mucho menor que ella: Michael Townley. El recorrido nos lleva a la pasión inicial, la vida familiar, el nacimiento de dos nuevos hijos, y cómo ella cambia - como si cambiara de vestido- de ideas políticas, de izquierda a ultraderecha, cómo se inscribe en el Frente Nacionalista Patria y Libertad para combatir a Allende. “Desde un comienzo hicieron mucho más de lo que les pedían”, escribe Peña. Luego, su reacción, al golpe de Estado liderado por Pinochet. “Mariana Callejas llora. Por segunda vez en su vida. Pero esta vez, cuenta ella, llora de alegría” (p.88).

Sigue el capítulo tres, el más extenso del libro, titulado *Ana y Andrés*, precisamente porque esos fueron los nombres que les asignaron a ella y su marido como agentes de la DINA, la policía secreta de la dictadura de Pinochet.

Conocemos sus inicios y el “empuje” literario de Enrique Lafourcade, sus éxitos como cuentista, el encuentro con grandes nombres de la literatura como Jorge Luis Borges, María Luisa Bombal y Nicanor Parra (del que ella solo recuerda los calzoncillos). Paralelo a esto, está el “trabajo estable” (p.98) de su marido Mike, pero no en un taller de mecánica, como podría esperarse por su experticia, sino en otra cosa, en esa “labor” oscura que lo llevaría por el mundo planeando y ejecutando asesinatos como el de Orlando Letelier, exministro y exmiembro de la Unidad Popular, exilado en Estados Unidos.

Esta doble vida de Callejas es, quizás, la parte de su vida de la que más se ha hablado. Sin embargo, Peña logra descubrir detalles que ni las obras de ficción ni las aproximaciones periodísticas habían revelado.

El último capítulo, llamado *Mariana Inés*, es la historia de la caída, de sus últimos años, cuando ya la verdad sale a la luz pública, cuando no es agente ni esposa de Mike, cuando sus hijos ya no viven con ella, cuando es delatada por su propio esposo y enjuiciada, cuando va a la cárcel por mínimo tiempo, cuando - quizás por única vez- es solo ella, Mariana.

Esta, la Callejas en caída, es la mujer que entrevista varias veces Peña, que responde a las preguntas de él, que le prepara un *goulach*, que con frivolidad le cuenta que lo peor en su vida en Lo Curro no fueron los crímenes. Para ella, el punto de inflexión fue la comida, “una comida para tanta gente distinta no tenía sabor”.

Es esa Callejas del final la que, aunque siempre orgullosa de sí misma y nunca arrepentida de sus actos, se muestra por momentos vulnerable porque es la escritora que nadie quiere publicar, que se quedó sin editores ni amigos intelectuales, pero que sigue escribiendo sin parar en cuadernos que nadie va a leer, que termina recluida en una casa hogar para ancianos y que finalmente muere sin brillar en las páginas culturales. ¿Siente pena el lector por ella? ¿Le duele a alguien la frustración de la literata? ¿O ya solo ha quedado de ella su faz oscura?

IV.

Una obra literaria es fondo y es forma.

El fondo de este libro es, de por sí, de claro interés para un lector. Una coautora de crímenes que a la vez sueña con reinar en el mundo de las letras no es un personaje menor. Una asesina literata que es parte del aparato siniestro de la dictadura de Pinochet sin duda despierta curiosidad inmediata.

Pero en el texto hay dos elementos en los que ahondar, más allá de la historia.

Primero, es necesario destacar las numerosas fuentes documentales y humanas de investigación que utilizó Peña: las búsquedas en archivos judiciales y de prensa, el acceso a documentos privados como cartas familiares, misivas a organismos, correos electrónicos; las entrevistas a la perfilada y a quienes la conocieron de cerca y de lejos. En varios casos (como algunos de los hijos y compañeros de los talleres literarios) no quisieron hablar. Pero estas negativas también son una respuesta. El silencio revela, evidencia.

En segundo lugar, el autor construye una voz potente que narra y describe con eficacia y agudeza hechos, modos, ambientes, personajes, almas. Lejos de estar narrado desde la “objetividad” (comillas necesarias) del periodismo tradicional, el narrador apela a diversos recursos literarios capaces de construir intriga, sorpresa, emociones. No es necesario añadir fotografías que documenten el relato, las descripciones hacen que las palabras suplan a las imágenes. Son descripciones que van directo al grano como cuando describe los ojos de Mariana como “brillantes, pero apagados” o su departamento de su vejez como “austero y frío” (p.23). Nos lleva a recorrer la casa cuartel en Lo Curro, Vitacura, donde además de veladas literarias, fiestas infantiles y centro de operaciones internacionales, “había un laboratorio donde se diseñó gas sarín usado contra opositores y enemigos de la dictadura, y también contra colaboradores díscolos” (p.25-26).

Es preciso detenerse en la escena inicial del libro, porque da cuenta de esa voz narrativa detallista, precisa, sensible, feroz. Es imposible que un lector que empiece a leerlo pueda soltar el libro. Como una buena serie de suspenso, las primeras líneas nos introducen de golpe y sin preámbulos en uno de los episodios más cruentos coprotagonizados por Callejas y su esposo Mike: la fabricación, transporte y detonación de la bomba con la que asesinaron en Buenos Aires al general Carlos Prats, quien fuera ministro del Interior en el gobierno de Allende, y a su esposa. “Si él pudo hacerlo, cualquiera puede”, comenta el narrador en la página 16 y añade, con una ironía que se asoma en muchas partes del perfil, “¿quién a estas alturas usaría uno de esos relojes despertadores de agujas para activar una bomba? Ni en los dibujos animados”.

A la fabricación de la bomba le sigue una escena capaz de estremecer a cualquiera: Peña describe la frialdad y parsimonia de los criminales aguardando en su auto para detonarla: “Como dos amantes, un hombre y una mujer que gastan horas en el interior de un auto estacionado en una calle de Palermo” (p.19). La escena de la explosión la describe como si fuese un testigo de primera mano. Aquí un fragmento: “El estruendo, la onda expansiva de calor, los fierros que se tuercen y salen expulsados. Los miembros que se rajan y desprenden de los cuerpos, la piel chamuscada, los rostros rígidos. Los Townley que ven el espectáculo tras el parabrisas de su auto con un dejo de asombro y satisfacción” (p.21). La escena de la inhumanidad de Mariana y Mike al ver morir a Prats y a su esposa, como quien mira una película en un autocine, es un anticipo a todo lo que vendrá.

V.

Periodista, escritor, profesor, director del Magíster de Escritura Narrativa de la Universidad Alberto Hurtado, Juan Cristóbal Peña tiene en su haber varios libros que develan distintas aristas de la dictadura de Pinochet, entre otros, *“Los fusileros”*, *“Jóvenes pistoleros”* y *“La secreta vida literaria de Augusto Pinochet”*. En sus textos es posible ver las distintas marcas que en una generación (en realidad, en varias) produjo ese oscuro tiempo histórico del país.

En este libro también es visible el protagonismo del momento político. Una vida puede decirnos más de un país que un libro de historia. Este lo hace.

Contándola a ella también se retrata a muchos. Con ella, se narran las turbaciones, desaciertos y horrores de un momento histórico, una sociedad, un país. Su historia refleja las contradicciones de ese tiempo, de esa sociedad. De ese (este) país.

Callejas -real, tangible, con sus “letras torcidas”- es la mejor de las metáforas de la dictadura, de esa doble cara de un régimen que dice reconstruir, pero destruye; que dice salvar, pero mata; que se viste de gala, pero que tiene las manos llenas de sangre.

Al mismo tiempo, un montón de espectadores son testigos del horror, pero se hacen a conveniencia los indiferentes. Peña describe todo lo que tenía la casa cuartel de los Townley Callejas, cosas que llamarían la atención de cualquiera. Cuestiona cómo, extrañamente, nada hizo sospechar a ninguno de los

literatos que la frecuentaban una o dos veces por semana; pero esas rarezas sí las notó de inmediato el humilde maestro de obras tras solo trabajar allí unos días.

Por eso, las “letras torcidas” también pueden referirse a ellos: a esos artistas y escritores que bebían su vino, le otorgaban premios en concursos, a esos que la montaron en un altar y que no esperaron un segundo para desmontarla, para lavarse las manos y jugar a los inocentes que nunca supieron lo que pasaba en esa casa. Ellos también fueron cómplices.

Entonces, el libro no es solo la vida de una mujer, sino la de una sociedad que sabe y encubre cuando puede sacar provecho del poder.

Y es también una radiografía del poder mismo que también usa y deshecha a sus seguidores.

Probablemente, los Townley Callejas esperaban más del poder que lo que este les dio, pensaban que merecían más, eran groseramente violentos en su metro y medio de poder porque se creían parte del reinado. La secretaria que los acompañó en su casa cuartel describe a Mike como “un mercenario, pero mal remunerado” (p.179). Finalmente eran, para el sistema, dos empleados desechables, prescindibles, miserables. Unos pobres diablos. Tontos útiles (pero no por tontos, menos sanguinarios).

VI.

En su libro, Peña logra sortear una compleja línea: ¿Cómo tratar a un personaje tan complejo y terrible como Callejas? No relata la historia con la distancia de un narrador que pretende imparcialidad y que no quiere meter los pies en el barro. Sin embargo, tampoco la condena, aunque sería muy tentador hacerlo; pero mucho menos la justifica. Más bien señala, aclara, coteja, muestra, visibiliza para que sea el lector el que se haga un juicio.

Además de contarnos su vida, relee, con ojos de crítico, los textos escritos por Callejas: “En sus cuentos no hay agentes o espías, salvo un exoficial nazi y un hombre que es sometido a torturas por alguna organización política o policial. Lo que abundan son guerrilleros” (p.120).

Dice el periodista que, por sus letras, esta mujer pudo haber tenido más renombre del que al final tuvo. Sin embargo, en ningún momento del relato abandona el hecho de que, paralelamente a su fachada de pretensiones intelectuales, está la de criminal, que fue, finalmente la que quedó. “Era una figura resistida tanto para los adeptos a la dictadura como para los opositores. Una peste, una desgracia” (p. 218).

La literatura y el cine nos tienen acostumbrados a la dicotomía ángel-demonio, pero en Callejas parece no haber dos personalidades que luchan entre sí, sino que es capaz de cumplir al mismo tiempo diversos papeles: viajar, asesinar, comprar un *souvenir* y escribir un cuento.

Peña escribe que “la vida de Mariana Callejas estuvo marcada por la escritura”. Pero no deja la idea hasta ahí. Aclara en la siguiente frase: “Por la escritura, los crímenes y la vida familiar” (p.25). Recalca en la página 184: “Mariana Callejas puede ser varias cosas a la vez. Una agente cínica y despiadada, una escritora que se toma en serio a sí misma, una madre tierna que aconseja a su hijo mayor (...). Es de esas madres que al final de una carta se despide del hijo diciendo: *te amo, mamá*”.

Pero el autor lo reconoce, sin esas contradicciones, sin la dualidad de ser a la vez escritora y agente secreta de la DINA él mismo no hubiera escrito sobre ella, porque precisamente esa es su singularidad.

Su singularidad perversa.